

# Libros franceses y educación nacional: componentes de un proceso de transferencia cultural - Chile, 1840-1880\*

Juan Pablo Conejeros Maldonado\*\*

## Resumo

En el siglo XIX la adquisición de libros extranjeros, particularmente franceses, así como su difusión, comercialización, traducción y adaptación local fue una urgente tarea para la elite más ilustrada. En este marco la educación Chilena experimentó a lo largo del siglo XIX, una fuerte influencia francesa que mediatizada por las obras literarias, textos escolares y libros científicos y técnicos de los autores más connotados que circularon en el medio nacional, adquirió un carácter de verdadera transferencia cultural, moldeando todo el sistema educacional, por lo menos hasta 1880.

## Palavras-chave

Libros - Educación chilena - Cultura francesa.

## Abstract

In the XIX century, the purchase of foreign books, mainly French ones, as well as its diffusion, commercialization, translation and local adaptation, was an urgent task for the most prepared elite. At this point, the Chilean education experienced, during the XIX century, a strong French influence which, related to literary works, school texts and scientific and technical books of the more studied authors in the national context, got a feature of a real cultural transference, shaping all the educational system until, at least, 1880.

## Keyword

Books - Chilean Education - FrenchCulture

\* Ponencia presentada al IV Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago - Chile, 24 al 29 Mayo de 1998.

\*\* Docente Universidad Católica Blas Cañas (Santiago de Chile).  
MAGISTER ARTIUM EN HISTORIA.

En el presente trabajo intentaremos dar cuenta de un componente cultural relevante, a nuestro juicio, para el proceso de transferencia cultural francesa que experimentó la educación Chilena a lo largo del siglo XIX, como es el libro, bajo sus diversas expresiones literarias, y del compromiso de las elites locales por posibilitarle al pueblo el acceso a las obras más modernas y representativas de la cultura paradigmática en boga.

### El libro Frances en Chile y el rol del estado

Si bien la herencia cultural y literaria que Chile recibe después del proceso de Emancipación política sigue siendo ibérica, lo cierto es que "las ideas y los libros franceses, después de 1830, son acogidos fervorosamente por los jóvenes ideólogos liberales, lectores de l'Encyclopédie, criollos apasionadamente igualitaristas y sensibilizados, al menos verbalmente, por los problemas sociales de su país y de su tiempo".<sup>1</sup> Las elites nacionales, impregnadas de un verdadero afrancesamiento, se convierten en lectores asiduos y cultores de una nueva filiación espiritual, tanto más elocuente en la medida que su crítica y desprecio hacia España se transformaba en una conducta social generalizada. "A partir de 1850, en efecto - asevera Jean Pierre Blancpain-, todos los Chilenos cultos son francohablantes y, con frecuencia francófilos; Además suaversión frente a la antigua metrópolis se había reavivado con el retorno ofensivo y lastimoso de ésta en los años 1860 - 1861".<sup>2</sup> La lengua francesa, se convirtió así en un signo de distinción aristocrática y elitista entre los miembros de las clases más ilustradas, y, no solo eso: "A veces simple barniz distintivo, la lengua francesa, sin embargo, (fue) más que un signo de reconocimiento entre gentes de buena sociedad: sirvió de sustituto a las culturas clásicas olvidadas, y de nexo entre las elites del continente"<sup>3</sup>, afirma el historiador francés.

Los precursores de la formación republicana, de su educación y su cultu-

ra, encendidos en su amor por la Patria que está naciendo, con entusiasmo ingenuo y guiados por una profunda admiración por Francia, abrían generosamente las puertas de las escuelas y bibliotecas, la prensa, las librerías y las agrupaciones sociales, literarias y políticas a su influjo incontrarrestable. "El libro extranjero - agrega Encina en 1912 -, sobre todo el de origen francés, constituye el único alimento intelectual. Nutre al maestro; guía los primeros destellos de la inteligencia del niño; llena las horas de ocio del adulto, e informa hasta en sus menores detalles la obra del político, del literato y del periodista".<sup>4</sup>

Nos parece pues, preciso subrayar el "hecho cultural" de los textos franceses - particularmente su dimensión socio-cultural como vehículos de conocimientos, de ideas y de educación - que, de acuerdo a los propósitos y recursos, debieron ser importados, traducidos y/o adaptados a las circunstancias locales de la cultura nacional desde los primeros años de vida independiente. Esta situación nueva era demandada imperiosamente en vista de los altos intereses del Estado y sus más elevados fines, pero también exigida por las escasas posibilidades de procurarse por sí mismo, las fuentes del conocimiento científico y el saber indispensable para el proyecto común. Por lo demás - como señala Sol Serrano - "ello significaba un cambio sustantivo con relación a la educación colonial en cuanto codificaba el conocimiento, fijaba bases comunes para una población amplia, lo despersonalizaba y lo masificaba".<sup>5</sup>

Reñidos los sentimientos nacionales con los de la "Madre Patria" y embebidas las inteligencias en los revolucionarios principios del saber ilustrado, no se buscó sino el nuevo conocimiento científico, el saber laico y racional que se cultivaba en la Europa liberal y democrática, particularmente en Francia, centro del nuevo culto de la modernidad decimonómica. Si bien mezquino el recurso - tanto intelectual como económico - con que contaba la naciente República, la clase dirigente procuró por diversas vías hacerse de los medios necesarios e indispensables que pudieran poner en marcha el ideario edu-

<sup>1</sup> BLANCPAIN, JEAN PIERRE: "Francisation et Francomanie en Amerique Latine: Le cas du Chili au XIX<sup>e</sup> siecle" en Revue Historique, París, t. CCLXVIII/2, 1982, p.372.

<sup>2</sup> Ibid., p.375

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> ENCINA, FRANCISCO ANTONIO: "Nuestra Inferioridad Económica. Sus causas, sus consecuencias", Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1972, p.140.

<sup>5</sup> SERRANO, SOL: "Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX", Editorial Universitaria, Santiago, 1994, p.111.

cacional que se iba diseñando. Desde los primeros años de las luchas de independencia la elite se procura a través de donaciones "patrióticas" y compras a los ciudadanos - como se verá en las solicitudes publicadas en la prensa nacional<sup>6</sup> - los libros requeridos para "ilustrar al pueblo". La creación de la Biblioteca Nacional no deja de ser un buen ejemplo de estos esfuerzos. Un caso ejemplar lo constituye - sin duda - la gestión de Charles Ambroise Losier en 1826. Como rector del "Instituto Nacional", este ingeniero francés contratado por el gobierno Chileno, intenta imprimirle un sello modernizador y un carácter más científico al saber impartido en el primer plantel republicano de enseñanza. Losier no solo aportó nuevas obras aún desconocidas en el medio nacional como el "Traite de Mécanique Celeste", de Pierre Simon de Laplace, la "Mécanique Analytique", de Joseph Louis de Lagrange y las obras de Louvier<sup>7</sup>, sino que además ordenó la adquisición de obras científicas francesas para incorporarlas a la vetusta y escuálida biblioteca escolástica del Instituto<sup>8</sup>. Consciente además, de las necesidades de nuevos y mejores textos de enseñanza que actualizaran los conocimientos a impartir, ordenó la traducción de libros tales como la "Física Experimental" de Biot, los de "Dibujo Lineal" y "Matemáticas Puras" de Francoure y los de Lacroix.<sup>9</sup>

Los hechos anteriormente señalados nos parecen altamente relevante para el proceso de cambios que enfrenta Chile, por cuanto adquiere un verdadero carácter de transferencia cultural dado que "muchos de los textos editados en el país servían como intermediarios entre el conocimiento europeo y la realidad chilena pues eran traducciones que se adaptaban para fines locales"<sup>10</sup>. Esta era, sin duda, una tarea ineludible para un país en pleno proceso inicial de formación y que no contaba con el recurso cultural y el respaldo de saberes científicos adecuados. Así lo hacía ver Andrés Bello en una intervención pública en el senado de la República, en 1845, al afirmar que este era: "Un trabajo arduo, porque casi no hay obra alguna elemental que

no necesite adaptarse a nuestras circunstancias peculiares y las que corren con aceptación en otras lenguas, exigen no solo traducciones y aún esta sólo es más difícil de lo que comúnmente se cree, si no se someten a una elaboración que las adapte a nuestras instituciones, creencias y capacidades de todo genero"<sup>11</sup>.

A lo anterior debe señalarse además una nueva dificultad tan limitante o restrictiva como las otras: La censura de libros. Aún en 1832 el Gobierno Chileno ejercía una acción de censura sobre libros que ingresaban por aduana, vale decir que "no podía internarse legítimamente ninguna obra sin permiso previo de censores designados por la autoridad eclesiástica, las cuales ajustaban sus procedimientos a las indicaciones del índice espurgatorio"<sup>12</sup>. EL propio Andrés Bello, hombre de letras y figura representativa de la gestión gubernamental en ejercicio, criticaba tales prácticas como "una tácita condenación de los principios que profesamos"<sup>13</sup>, y "perjudiciales al adelantamiento de la cultura intelectual"<sup>14</sup>. A pesar de los esfuerzos la censura no fue abolida sino hasta 1878.

La adquisición de libros extranjeros, particularmente franceses, así como su difusión, comercialización, traducción y adaptación local fue una urgente tarea para la elite más ilustrada.

El panorama en el ámbito de la producción y mercado de libros, aún no era muy esperanzador, por lo menos hacia mediados de la década de 1830. Los libros importados eran aún relativamente escasos, el mercado reducido y los lectores se limitaban a los círculos más intelectuales de los sectores aristocráticos. Lastarria recuerda que hacia 1836, "la librería de entonces era escasisima i de precios exorbitantes. Formaban su fondo - señala - muchos libros asécticos i de antigua literatura española, los mui usuales de derecho civil, que se pagaban por más de su peso en plata, poquisimos de historia, ninguno de ciencias, i algunos tratados de ciencia jurídica i de política, como Montesquieu, Fritot, Bentham, Cottu i Vattel; Filanghieri, Becaria, Rousseau, Constant, Rivero i Salas. La literatura

<sup>6</sup> Cfr. El Monitor Araucano, Nº 63, del 2 de Septiembre de 1813; n.85 del 26 de Octubre de 1813.

<sup>7</sup> Cfr. DOMEYKO, IGNACIO: "Mis Viajes", Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1977, Tomo II, p.658.

<sup>8</sup> Véase la "Lista de Libros adquiridos durante el rectorado de Losier", en la obra de DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR: "Los primeros años del Instituto Nacional, 1813 - 1835", Santiago, Imprenta Cervantes, 1889, p.691-698.

<sup>9</sup> Cfr. "Centenario del Instituto Nacional (1815 - 1913)" Breve reseña histórica redactada por encargo del Sr. Rector, Santiago de Chile. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1913, p.22; además HERNANDEZ PONCE, ROBERTO: "Chile conquista su identidad con el progreso. La enseñanza de las matemáticas, 1758 - 1852", en Revista Historia, Nº23, 1988, Instituto de Historia, P.U.C., p.145-49.

<sup>10</sup> SERRANO, S.: "Universidad y Nación...", op. cit., p.112.

<sup>11</sup> BELLO ANDRES, Sesión del 3 de septiembre 1845, s.c.l., 1845, p.289, citado por Sol Serrano, op. cit., p.112.

<sup>12</sup> AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS, "Vida de Don Andrés Bello", Publicaciones Embajada de Venezuela en Chile, Nº1, Santiago de Chile 1962, p.269-270.

<sup>13</sup> El Araucano, 21 de Abril de 1832.

<sup>14</sup> El Araucano, 3 de Octubre de 1834.

moderna de Francia - agrega - apenas estaba representada por las "Palabras de un Creyente" i "la Democracia en América".<sup>15</sup>

A pesar de lo indicado, el incremento del comercio de libros, y del libro francés, en particular, parecía ir en prospero aumento. Al menos así lo indica Bello en 1839. Junto con analizar la variedad de libros presentes en las tiendas y señalar que "el surtido de libros de venta excede en el día al de cualquiera de las épocas anteriores, en una proporción incalculable"<sup>16</sup>, sostiene que "una parte considerable se compone de devocionarios anticuados i de hagiografías escritas con poca crítica"<sup>17</sup>, y que "otra clase de libros de los que tienen más consumo en el público de Chile es la de los de política i jurisprudencia"<sup>18</sup>. Con relación a las obras de jurisprudencia ve "con satisfacción que han empezado a circular entre nosotros las obras francesas más celebres de este jénero"<sup>19</sup> alabando en ellas "el uso de una lógica severa", claridad analítica de las exposiciones, la amenidad y buen gusto, "cualidades que son como propias i característicos de la manera de los franceses"<sup>20</sup>. Otra rama que se destaca en la variedad de libros, "aunque sin duda menos copioso de lo que debiera ser - señala Bello - es el de las obras elementales de literatura i de ciencias"<sup>21</sup>, para agregar que "casi todas ellas son traducidas del francés"<sup>22</sup>. Más aún, y esto es decisivo respecto de nuestros propósitos más de fondo: "de los idiomas extranjeros, casi todo lo que se encuentra en las librerías está reducido a uno solo, el francés"<sup>23</sup>.

Dada las precarias condiciones del país en materia educacional, los gobiernos se darán a la tarea de ordenar para los colegios y liceos fiscales que van surgiendo con el paso del tiempo, los diversos textos que se debían adoptar para la enseñanza, considerando - bajo el criterio de uniformidad - que debían ser los mismos para toda la república, salvo contadas excepciones, como se señalan en algunos casos.

A la Universidad de Chile, que cumplía la función de Superintendencia de Educación, se le encomendó inspeccionar de manera detallada y evaluar los textos

propuestos a su consideración. Ella debía emitir un informe al Consejo Universitario quien finalmente podía sugerir u ordenar su uso o decretar su retiro de los planteles escolares. Si bien la Universidad "no financiaba su redacción"<sup>24</sup>, corría al menos con los gastos de impresión una vez que decretaba su uso como texto de enseñanza<sup>25</sup>.

En 1845 la Facultad de Humanidades, en la sesión del 29 de agosto, adoptó el Manual de Preceptores, traducido del francés por Rafael Minvielle<sup>26</sup> destinado, naturalmente, a prestarle un valiosísimo servicio a los educadores en ejercicio.

En relación a los textos escolares, los decretos se repiten frecuentemente. Por ejemplo, después de haber decretado el establecimiento de un colegio superior en San Fernando en 1846 se paso a indicar la lista de textos que se debían adaptar. Esta comprendía: "... el compendio de Alvear en las clase de gramática castellana; la gramática de Bello en las de latín; el compendio de geografía últimamente traducido del francés para la enseñanza de la Jeografía; el compendio de matemáticas adaptado en la academia militar, en las clases de matemáticas; el compendio de historia por Fleuri i el idem de la historia de la edad media traducido por el instituto nacional en las clases de historia, i la gramática de Beauchemin para el estudio del francés"<sup>27</sup>. De la misma manera se decreto el 5 de noviembre del mismo año para el colegio de Rancagua recién fundado (Dec. del 29 de julio de 1846), que se entreguen al director del establecimiento: "veinti i cinco ejemplares de la gramática castellana por Alvear, de la aritmética por Puisan i de los elementos de jeografía últimamente traducidos del francés"<sup>28</sup>.

En julio de 1847 la Facultad recomienda para las escuelas una obra sobre "instrucción moral y religiosa" escrita en francés por Mr. Michelot, traducida y presentada por Vicente Sotomayor<sup>29</sup>. En la memoria anual de la Universidad el Secretario General informa a su vez, que la Facultad "además ha analizado el Compendio de Historia de Mr. Michelet i trabajado por arreglar un curso para la enseñanza de

<sup>15</sup> LASTARRIA, JOSE VICTORINO, "Recuerdos Literarios. Datos para la Historia Literaria de la América Española I del Progreso Intelectual en Chile", (2ª edición) Librería de M. Servat, Santiago de Chile, 1885. p.32.

<sup>16</sup> El Araucano, 8 de Febrero de 1839.

<sup>17</sup> Ibid.

<sup>18</sup> Ibid.

<sup>19</sup> Ibid.

<sup>20</sup> Ibid.

<sup>21</sup> Ibid.

<sup>22</sup> Ibid.

<sup>23</sup> Ibid.

<sup>24</sup> SERRANO, S., "Universidad y Nación...", op. cit. p.112.

<sup>25</sup> Cfr. Ibid.

<sup>26</sup> Anales de la Universidad de Chile, 1845, p.65.

<sup>27</sup> Anales de la Universidad de Chile, 1850, p. 17-18.

<sup>28</sup> Ibid., p.30

<sup>29</sup> Anales de la Universidad de Chile, 1861, p.83.

este ramo en los colegios nacionales”<sup>30</sup>. Por su parte el Rector del Instituto Nacional en su “Memoria leída (...) en el acto de la distribución de premios que tuvo lugar el 10 de junio de 1848”, señala — refiriéndose a esta última obra que — “respecto de la Historia moderna creí también de acuerdo con el profesor<sup>31</sup> que no podía adaptarse otra obra más a propósito que el compendio de Michelet, el cual en un corto volumen abraza toda era grande época sin omitir casi ningún hecho de importancia, manteniendo siempre el interés en las narraciones i enseñando en todo caso a juzgar los acontecimientos i las personas con la más severa imparcialidad”<sup>32</sup>.

### Los traductores nacionales de obras francesas

La tarea de traducir y/o adaptar los textos a la enseñanza escolar chilena si bien constituía una necesidad institucional, era al mismo tiempo una necesidad social y académica, ya que “para sus autores o traductores, los textos significaban un nivel de especialización, así como un incentivo en la carrera docente pues se computaban como años de servicio para la jubilación”<sup>33</sup>. Cualquiera haya sido la razón de más peso en los docentes, lo cierto es que nos encontramos a lo largo del periodo, con los más destacados hombres públicos, intelectuales chilenos y extranjeros abocados a la labor de traducir del francés las obras catalogadas de mayor prestigio y calidad artística e intelectual que requería la labor docente y el medio nacional. Entre los traductores destacan figuras como Andrés Bello, Diego Barros Arana, los Hnos. Amunátegui, Guillermo Matta, Zorobabel Rodríguez, Luis Rodríguez Velasco entre aquellos que — como afirma José Toribio Medina — con “el correr de los años, habían de merecer honrosa distinción en nuestras letras patrias”<sup>34</sup>. Un buen ejemplo de lo anterior lo encontramos en Diego Barros Arana quien “antes de lanzarse seriamente en su carrera de escritor — como señala Ricardo Donoso — (...) dio a la estampa, en los años 1848 y 1849, algunas traducciones

de novelas históricas francesas, entre las que figuraban obras de Dumas y de Scribe”<sup>35</sup>. El mismo Barros Arana recordará años más tarde que “en 1848, siendo todavía colegial, hice algunas traducciones del francés, entre ellas las de una porción del “Piguillo Aliaga” novela de Eugenio Scribe, y una “historia de 30 horas, revolución de febrero 1848”, publicaciones ambas hechas por Tornero (Don Santos) en la imprenta de “El Mercurio”<sup>36</sup>. Años más tarde (1870) Barros Arana publicaría un “Compendio de historia moderna, arreglado de los libros elementales de Duruy y Ducoudray. Obra destinada a la enseñanza del ramo en los colegios del Estado”<sup>37</sup>, y que fue redactada por el propio historiador Chileno, pero que — como lo indica él mismo en el prólogo — “no es, pues, una obra original, como no es tampoco una simple traducción de un libro francés”<sup>38</sup>.

Un caso similar sea tal vez el de otro insigne educador e historiador como Miguel Luis Amunátegui quien junto a Raimundo Silva publica entre 1854 y 1856, en tres volúmenes, la “Historia antigua, griega i de la Edad media, por Mr. Víctor Boreau, traducida por ambos de la cuarta edición francesa para textos en el Instituto Nacional”<sup>39</sup>. Además Amunátegui — según el juicio de Barros Arana — tradujo e hizo traducir las biografías de personajes celebres escritas por Lamartine con el objeto de dotar a las denominadas “Bibliotecas populares” — anexas a cada escuela y creadas por decreto de 16 de Enero de 1856 — con libros de lectura fácil e instructiva.<sup>40</sup>

Por su parte José Victorino Lastarria, el más genuino representante de la denominada generación literaria de 1842, que renegaba de la influencia literaria hispano colonial y se dejaba cautivar por la moderna literatura francesa, escribe en sus “Recuerdos Literarios: “aprovechando la afición al teatro que en 1840 despertaba una de las mejores compañías de verso que nos ha visitado, promovíamos entre los jóvenes de más aptitudes la empresa de traducir para nuestra escena los dramas afamados de la literatura francesa, en lo cual nos había dado y nos daba el ejemplo el mismo señor Bello”<sup>41</sup>.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p.208.

<sup>31</sup> Se refiere a Juan Bello quien tradujo y adoptó el texto para la enseñanza del ramo que él mismo impartía en el Instituto Nacional. Al respecto, el mismo rector se refiere a la labor desempeñada por Bello: “Esta es la primera vez que en el Instituto se han explicado en una clase la vida y los hechos de los tiempos modernos; el buen éxito que ha coronado este primer trabajo hace esperar que bajo el hábil profesor dará en lo sucesivo preciosos frutos el cultivo de esta parte la más fascinante e interesante de la ciencia histórica”, *Anales de la Universidad de Chile*, 1850, 5, p.225.

<sup>32</sup> *Anales de la Universidad de Chile*, 1850, 5, *Ibid.*

<sup>33</sup> SERRANO, S.: “Universidad y Nación ...”, *op. cit.*, p.113.

<sup>34</sup> MEDINA, JOSE TORIBIO, “Biblioteca Chilena de traductores: 1820 – 1924”, *Establecimientos gráficos de Balcells y Co. Santiago de Chile*, s/f (1924), p.7.

<sup>35</sup> DONOSO, RICARDO, “Barros Arana, Educador, Historiador y Hombre Público”, *U. De Chile, Santiago*, 1931, p.22.

<sup>36</sup> Carta de 6 de Octubre de 1905 a don V.M. Chiappa, citado por DONOSO, RICARDO, *op. cit.*, p.22.

<sup>37</sup> Valparaíso, imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1870. 16<sup>o</sup>. 614pgs.

<sup>38</sup> *Ibid.*, Introducción; Además, DONOSO, R., *op. cit.*, p.83 nota (1) al pie de pag.

<sup>39</sup> MEDINA, J.T.: “Biblioteca Chilena ...”, *op.cit.* p.42.

<sup>40</sup> Cfr. “Don Miguel Luis Amunátegui (1828 – 1888)”. París, Imprenta de A. LA HURE, S.A., (Prólogo de Carlos Morla Vicuña y biografía de Diego Barros Arana), p.55.

<sup>41</sup> LASTARRIA, J.V.:  
"Recuerdos Literarios ...",  
op.cit., p.76

<sup>42</sup> "La conciencia de un  
niño, traducido del francés,  
por don D.F. Sarmiento  
para el uso de las Escuelas  
Primarias", Imprenta del  
Progreso, 1844.

<sup>43</sup> Cfr. MEDINA, J.T.:  
"Biblioteca Chilena ...",  
op. cit., p.18; además,  
BRISEÑO,  
RAMON: "Estadística  
Bibliográfica de la  
Literatura Chilena: Obra  
compuesta, en virtud  
de encargo especial del  
Consejo de la Universidad  
de Chile", Imp. Chilena,  
Santiago de Chile, 1862,  
Tomo I, p.341.

<sup>44</sup> Briseño señala ediciones  
de 1853, 1858 y 1859.  
Cfr. "Est. Bibl., T.I., p.260.

<sup>45</sup> Cfr. SUBERCASEAUX, B.:  
"D.F. Sarmiento y el libro  
en Chile" en Revista  
Mapocho, N° 30, 2°  
semestre de 1991, p.9-17.

<sup>46</sup> "LA CRONICA", del 16  
de Diciembre de 1849,  
citado por SUBERCASEAUX,  
B., op.cit., p.10.

<sup>47</sup> Ibid.

<sup>48</sup> Cfr. PALCOS, ALBERTO:  
"Sarmiento", EMECE  
editores, B. Aires 1962,  
p.134-135.

<sup>49</sup> Cfr. AMUNATEGUI, M.L.:  
"Don Salvador Sanfuentes".  
Apuntes Biográficos (1817  
- 1860), Imprenta  
Nacional, Santiago de  
Chile, 1892, p.11.

<sup>50</sup> Cfr. Ibid., p.12. Por otra  
parte Domingo  
Amunategui refiere que  
Salvador Sanfuentes  
"copió en francés un curso  
de retórica i versificación  
francesa; extractó o tradujo  
el argumento o análisis de  
varias piezas dramáticas,  
cuyas escenas principales  
retiró en verso al español;  
i tradujo el capítulo cuarto  
de los "CARACTERES" de  
la BRUYERE: "Del  
Corazón", Ibid., p.14.

<sup>51</sup> Ibid., p.383.

Así como el propio Lastarria — o Bello, que tradujo del francés el drama "Teresa", de Alejandro Dumas —, Domingo Faustino Sarmiento traducía en 1844 a solicitud del Estado Chileno, "La conciencia de un niño"<sup>42</sup> que se reeditaría nuevamente en 1849, 1853, 1857, 1858 y 1859; la "Vida de Jesucristo, con una descripción sucinta de la Palestina (...), i adaptada para las escuelas "(1844)<sup>43</sup>; "Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos. Obra elemental para el estudio de la historia, por D. Levi Alvarez" (1849);<sup>44</sup> "Exposición e historia de los Descubrimientos modernos, tomados del francés de M. Luis Figuier (1854) para las bibliotecas populares.

La gestión de Sarmiento en Chile es de reconocida preocupación por lo educacional y lo cultural. En este sentido su acción fue no solo práctica y testimonial sino también analítica, crítica, polémica y visionaria<sup>45</sup>. Su preocupación por la obra civilizadora que representaba la educación lo llevo a "ocuparse" del problema de los libros "que forman el caudal de los conocimientos, los que difunden las ideas y nivelan (...) el sentir de una gran mayoría".<sup>46</sup> Sarmiento fue quien propuso la idea de la fundación de las Bibliotecas Populares en 1845, dándose la tarea además de escoger los libros más adecuados — "útiles y morales"<sup>47</sup> — para instruir, enseñar a leer, fomentar el hábito de la lectura y cultivar la inteligencia.<sup>48</sup>

Otro intelectual, Chileno, francófilo, escritor, poeta y político fue Salvador Sanfuentes, quien realizó sus primeros estudios en el "Colegio de Santiago" plantel que era dirigido por Andrés Bello y cuyo cuerpo docente estaba compuesto en su mayoría por profesores franceses encabezados por Pierre Chapuis.<sup>49</sup> Como hombre de letras y gran lector leyó y tradujo no solo a los latinos, clásicos o a Byron y Shakerpeare, sino además a Víctor Hugo, Corneille, Moliere, Racine y Voltaire<sup>50</sup>. Sanfuentes mientras se desempeñaba como Ministro de Instrucción Pública "hizo imprimir i repartir a los preceptores libros que los instruyesen en el ejercicio de su cargo, entre otros, la celebre obra titulada "Curso Normal de Insti-

tutores Primarios" escrita en francés por M. Degerando, i traducido al castellano por don José Dolores Bustos"<sup>51</sup>, el visitador de las escuelas primarias de la República, nombrado por el propio Ministro en diciembre de 1847<sup>52</sup>. A los 19 años Sanfuentes había emprendido la traducción de la obra "Británico" de Racine y en 1841 traducía en verso "Ifigenia en Aulide" del mismo autor francés.

"El Semanario de Santiago", considerado como la "aurora de la literatura Chilena"<sup>53</sup>, será un fiel testigo del secundo despertar literario de la generación del '42 al publicar los trabajos y las obras de autores como José María Nuñez, Manuel Antonio Tocornal, Francisco Bello, José Joaquin Vallejos, Antonio García Reyes, del propio Salvador Sanfuentes y muchos otros que encabezaron esa generación joven dispuesta a emprender la "rebelión literaria" para desprenderse de las limitaciones mezquinas a que los tenía sujetos la literatura de los "conquistadores", esa "literatura que nos legó la España con su relijión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones"<sup>54</sup> como señalara Lastarria en su discurso inaugural de la "Sociedad Literaria" Cultores del idioma, lectores y traductores de obras y autores franceses los hubo en el Chile Republicano que sirvieron de intermediarios al lento pero progresivo proceso de "reproducción" y de "apropiación cultural", de transferencia cultural que domino gran parte del siglo XIX. "¡ Cuantos ejemplos, en verdad ! — exclama Blancpain —. Si bien Andrés Bello es el traductor entusiasta del Víctor Hugo de la primera época, es directamente en francés como el historiador Vicuña Mackenna libera sus emociones ante la majestad de las selvas Australes de su país"<sup>55</sup> cuando lo describe en su obra "Le Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de L'immigration européenne"<sup>56</sup> motivando la venida de inmigrantes europeos al territorio nacional. A su vez "con el mismo objetivo — atraer colonos y artesanos europeos a Chile —, el ingenioso y encantador costumbrista Vicente Pérez Rosales (para quien el francés fue durante largo tiempo más familiar que el es-

pañol, subraya Blancpain) presenta en su "Essai Sur Le Chili", tan pacientemente pulido, la leyenda rosada de un país atractivo y lleno de promesas ..."<sup>57</sup>

Otro buen ejemplo es la insigne educadora Mercedes Marín del Solar, mujer de amplia cultura, señalada como "gloria de la República de las letras",<sup>58</sup> quien colaboró con la generación literaria de 1842 traduciendo y publicando poemas en el periódico "Crepúsculo", consagrado a la difusión de las ciencias y las artes por los jóvenes de la sociedad literaria.<sup>59</sup> "Su posesión del francés, que acaso alcanzó antes que ninguna Chilena — afirma un autor —, recreó continuamente su espíritu en la "Cartas de la Educación" de Mdme. Genlis y en otras obras de la época, que dieron a su estilo la gracia, flexibilidad y dulce sencillez que lo distingue, e inspiraron su criterio pedagógico haciendo ver claramente el camino señalado a la mujer".<sup>60</sup> Mercedes Marín del Solar, de basta y reconocida trayectoria en la educación chilena del siglo pasado, fue quien diseñó, además, el primer plan de educación femenina elaborado en Chile contribuyendo de este modo a la promoción intelectual de la mujer en el medio nacional.

La lista de intelectuales lectores y traductores del francés en el Chile decimonónico podría continuar. Sin duda que a los anteriores habría que agregar al menos los nombres de José Dolores Bustos, Juan Bello, Ramón Briseño y Francisco Solano Pérez, entre otros, así como los de José Joaquín de Mora, Andrés de Antonio Gorbea, Rafael Minvielle e Ignacio Domeyko que también contribuyeron significativamente con este singular "hecho cultural" que venimos destacando.

### Las obras francesas al servicio de la educación y la cultura nacional

Aquí quisiéramos hacer referencia a algunas obras y aspectos de las obras francesas más representativas traducidas y adaptadas a la realidad local Chilena que, a nuestro juicio, constituyen la manifestación literaria de una necesidad

social y son el reflejo de un universo intelectual determinado, del estado mental de una época. En el periodo histórico-cronológico que nos enmarcamos (1840 - 1880) se transita culturalmente del liberalismo al romanticismo y al positivismo. Las elites intelectuales, por su parte, evolucionan en su proceso de configuración socio-política. A su vez "la influencia del pensamiento europeo, limitado al principio (...), a un corto número de espíritus escogidos, se extiende a la sociedad entera".<sup>61</sup> En la medida que avanza el siglo el número de obras extranjeras traducidas en Chile va en aumento, reflejando algunas años — como 1883 y algunos de su inmedios — las producciones más numerosas registradas entre 1820 y 1924 inclusive.<sup>62</sup> Ahora bien, entre los diversos idiomas traducidos al Castellano tales como el inglés, italiano, alemán, latín y francés, este último refleja el más alto porcentaje — proporcionalmente hablando —, situación que se ve reflejada de manera evidente y categoría a lo largo del período que aquí nos ocupa. Por ejemplo, entre 1841 y 1850 de un total de 85 traducciones, 6 son inglesas y 73 francesas, lo que representa un 85,8%; entre 1851 y 1860 de un total de 107 obras traducidas, cerca de 17 sin inglesas (15,8%) y cerca de 70 lo son del idioma francés (65,4%); entre 1861 y 1870, 8 proceden del inglés (6,1%) y cerca de 86 del francés (66,1%), considerando que de un total de 130 obras, hay un 17% en el que no se especifica el idioma del que proceden. Entre 1871 y 1880 las traducciones del francés continúan en ascenso llegando a cerca del centenar, sin embargo, proporcionalmente en relación al total, las obras que proceden del idioma galo reflejan un cierto descenso que ahora llega al 61,4%, mientras las obras inglesas, italianas y alemanas van repuntando progresivamente. Entre 1881 y 1890 — y a pesar de 46 obras que no se han podido especificar — ambas tendencias se mantienen, es decir, por un lado aumenta el número de obras traducidas del francés — así como las del inglés, del italiano y del alemán — y por otro descienden al mismo tiempo, proporcionalmente, en

<sup>52</sup> Cfr. Anales de la Universidad de Chile, 1861, p.67-69.

<sup>53</sup> AMUNATEGUI, M.L.: "Don Salvador ...", op. cit., p.121.

<sup>54</sup> LASTARRIA, J.V.: "Recuerdos Literarios", op. cit., p.105.

<sup>55</sup> BLANCPAIN, J.P.: "Francisación ...", art. cit., p.375.

<sup>56</sup> París, De. BOUCHARD - HUZARD, 1855.

<sup>57</sup> BLANCPAIN, J.P., art.cit., Ibid.

<sup>58</sup> GONZALEZ, M.G.: "Memoria Histórica ..." op. cit., p.116.

<sup>59</sup> Cfr. LASTARRIA, J.V.: "Recuerdos...", op. cit., p.276.

<sup>60</sup> GONZALEZ, M.G.: "Memoria Histórica de la Educación Pública", Imprenta de Meza Hnos., Santiago, 1923, p.117.

<sup>61</sup> ENCINA, F.A.: "Nuestra inferioridad ...", op. cit., p.140.

<sup>62</sup> Cfr. MEDINA, J.T.: "Biblioteca Chilena ...", op. cit., p.7. Nos hemos servido aquí fundamentalmente de la obra señalada, de Medina para desarrollar este punto, teniendo también a la vista la obra de Briseño, "Estadística Bibliográfica ..." op. cit., por ser clásicos en esta materia.

relación al total, llegando solo a cerca del 50% de las obras traducidas en el país. Sin embargo el idioma francés sigue representando "la inmensa mayoría"<sup>63</sup> como dirá José Toribio Medina, para agregar que "no es de extrañar, bien se comprende, que las versiones del francés infinitamente más en número que los de otro cualquier idioma, tanto por su difusión en un país de habla castellana como el nuestro, cuanto por la facilidad que ofrece su aprendizaje; y también, no habrá que olvidarlo — sostiene —, por ser el idioma en que más obras se han escrito cuyas enseñanzas y goces espirituales ha podido engendrar".<sup>64</sup>

En relación a los áreas temáticas la mayoría de las obras traducidas, en general, están referidas al campo de la literatura, la poesía, las biografías y el arte (lírico) (44,5%), a la religión y la moral (19,2%), la educación, política y filosofía (10,2%), a la historia (7,7%), a los manuales técnicos diversos y de arte militar (6,1%) y a las ciencias (4,6%). En cambio, en las traducciones específicamente francesas las obras de "imaginación" alcanzan una enorme proporción "que suma - a juicio de Medina - nada menos que los tres cuartos quizás, de todas ellas".<sup>65</sup> Le siguen luego las obras de carácter científico y después las obras de religión, entre las obras de mayor divulgación en el medio nacional.<sup>66</sup>

En definitiva podemos concluir señalando que la adquisición de libros extranjeros — particularmente franceses, como se acaba de ver —, así como su difusión, comercialización, traducción y adaptación local, fue una urgente tarea tanto para la elite más ilustrada, como para aquellos que — especialmente — desempeñaban funciones públicas en tareas de gobierno.

Las obras francesas en general — tanto las adquiridas por medio del mercado de libros, como aquellas reeditadas en el país o traducidas y muchas veces, también, adaptadas al medio, a las necesidades y fines locales —, que se pusieron al servicio de la Universidad, de los liceos y colegios de la República, contribuyeron con el desarrollo de un verdadero proceso de transferencia cultural que facilitó y posibilitó sobre todo la introducción de nuevos elementos culturales, literarios, ideológicos políticos y espirituales, exógenos, en la reproducción y apropiación cultural Chilena del siglo XIX.

En este marco la educación chilena experimentó una fuerte influencia francesa que, mediatizada por las obras literarias, textos escolares y manuales de enseñanza, libros científicos y técnicos de los autores más connotados que circulaban en el medio nacional, impregnaría y moldearía, todo el sistema educacional, por lo menos hasta 1880.

<sup>63</sup> Ibid.

<sup>64</sup> Ibid., p.8

<sup>65</sup> Ibid.

<sup>66</sup> Cfr. Ibid.